

LOS JUDÍOS EN LA ANTIGÜEDAD

Desde el exilio en Babilonia
hasta la irrupción del islam

Temas de Historia Antigua

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LOS JUDÍOS EN LA ANTIGÜEDAD

Desde el exilio en Babilonia
hasta la irrupción del islam

Fernando Bermejo Rubio



EDITORIAL
SÍNTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Motivo de cubierta: fresco de la Consagración del Tabernáculo,
Sinagoga de Dura Europos (siglo III). Museo Nacional de Damasco, Siria.

© Fernando Bermejo Rubio

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-391-3
Depósito Legal: M-12.845-2020

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
1. LA IDENTIDAD JUDÍA EN LA ANTIGÜEDAD.....	15
1.1. <i>Quiénes eran judíos: rasgos definitorios de la “judeidad”</i> ..	16
1.1.1. De la etnicidad a la comunidad	16
1.1.2. Circuncisión y epispaismo	18
1.2. <i>Cómo convertirse en judío: los prosélitos.....</i>	19
1.2.1. Del filojudaísmo a la conversión.....	19
1.2.2. Ritos de iniciación	20
1.2.3. El estatus de los prosélitos.....	21
1.2.4. Misión y conversión	22
1.3. <i>Los “temerosos de Dios”</i>	23
1.3.1. Testimonios epigráficos	24
1.3.2. Extensión e importancia del fenómeno.....	24
1.4. <i>El abandono del judaísmo.....</i>	25
1.4.1. Diáspora y apostasía	26
1.4.2. Algunos ejemplos.....	28
2. EL EXILIO Y LA ÉPOCA PERSA (597-333 A. E. C.)	31
2.1. <i>La diáspora en Babilonia</i>	32
2.1.1. El “exilio”	32
2.1.2. Los judíos en Babilonia	34
2.1.3. Las conquistas de Ciro II y la política del Imperio persa	35
2.2. <i>La provincia persa de Yehud.....</i>	36
2.2.1. Extensión y demografía.....	37
2.2.2. Administración	38
2.2.3. Economía	39
2.2.4. La situación religiosa y el Templo.....	41

2.3.	<i>La diáspora en Egipto</i>	44
2.3.1.	Egipto en la memoria cultural del judaísmo	44
2.3.2.	La colonia de Elefantina	45
2.3.3.	El templo de Elefantina	47
2.4.	<i>Los samaritanos: el templo de Yahvé en el Garizín</i>	48
2.4.1.	Los testimonios literarios y arqueológicos	48
2.4.2.	Religión y política	50
3.	LA RELIGIÓN JUDÍA EN LA ÉPOCA DEL SEGUNDO TEMPLO	53
3.1.	<i>Mitos fundacionales</i>	54
3.2.	<i>Concepciones teológicas</i>	56
3.2.1.	Monoteísmo	56
3.2.2.	Revelación y Escrituras: una religión del Libro	58
3.2.3.	Alianza y pueblo elegido	59
3.3.	<i>La plasmación de la Alianza</i>	60
3.3.1.	Teocracia y hierocracia	60
3.3.2.	Culto sacrificial y Templo	62
3.3.3.	Circuncisión	64
3.3.4.	La observancia del sábado	65
3.3.5.	Regulaciones de pureza ritual	67
3.4.	<i>Concepciones escatológicas</i>	68
3.4.1.	Escatología individual: ideas sobre el destino <i>post mortem</i>	68
3.4.2.	Escatología nacional: mesianismo	70
4.	LOS JUDÍOS EN LA ÉPOCA HELENÍSTICA	73
4.1.	<i>De Alejandro a los ptolomeos (siglos IV-II a. e. c.)</i>	74
4.1.1.	Las conquistas de Alejandro y su impacto	74
4.1.2.	Judea bajo los ptolomeos	76
4.1.3.	Los judíos en el Egipto ptolemaico	78
4.1.4.	Literatura en lengua griega: la <i>Septuaginta</i>	81
4.2.	<i>Judea en época seléucida (siglos II-I a. e. c.)</i>	83
4.2.1.	La política seléucida. Antíoco IV Epífanés	84
4.2.2.	La revuelta de los macabeos	88
4.2.3.	Instauración y consolidación de la dinastía as- monea	91
4.3.	<i>Judaísmo y helenismo</i>	94
4.3.1.	Una dicotomía engañosa	94
4.3.2.	Los asmoneos y el helenismo	97

5.	LA IRRUPCIÓN DE ROMA EN LA HISTORIA JUDÍA.....	101
5.1.	<i>La Tierra de Israel bajo la dinastía herodiana y los gobernadores romanos</i>	101
5.1.1.	De Pompeyo a Herodes: el fin de los asmoneos	102
5.1.2.	Herodes “el Grande” (40/37-4 a. e. c.).....	106
5.1.3.	La partición del reino de Herodes. Judea como provincia romana	108
5.1.4.	Judea bajo los prefectos (6-41 e. c.)	110
5.1.5.	El último rey de Judea: Agripa I (41-44)	112
5.1.6.	Judea bajo los procuradores (44-66)	114
5.2.	<i>Judíos y romanos: tensiones y acomodación</i>	117
5.2.1.	La cambiante imagen de Roma	117
5.2.2.	Concepciones romanas acerca de los judíos	120
5.2.3.	El estatus jurídico de los judíos en el Imperio (siglos I-III)	122
 6.	 LA DIVERSIDAD RELIGIOSA DEL JUDAÍSMO GRECORROMANO	 127
6.1.	<i>Principales corrientes de época helenística</i>	127
6.1.1.	Fariseos	128
6.1.2.	Saduceos	130
6.1.3.	Esenios	132
6.1.4.	La comunidad de Qumrán	134
6.2.	<i>Religión y resistencia en el periodo romano</i>	136
6.2.1.	La Cuarta Filosofía	137
6.2.2.	Profetas apocalípticos: Juan el Bautista y Jesús de Nazaret	139
6.2.3.	Otros visionarios y guías populares	142
6.3.	<i>Modelos alternativos de religiosidad</i>	144
6.3.1.	Terapeutas.....	144
6.3.2.	Taumaturgos carismáticos	146
6.3.3.	Un profeta oracular: Jesús ben Ananías.	147
6.3.4.	El voto de nazireato	148
 7.	 LA DIÁSPORA HASTA EL SIGLO IIE. C.	 151
7.1.	<i>Egipto</i>	151
7.1.1.	El templo de Leontópolis	152
7.1.2.	Griegos y judíos en Alejandría: el primer pogromo	154

7.2.	<i>Roma</i>	156
7.2.1.	Del final de la República a la dinastía julio-claudia	156
7.2.2.	De los Flavios a los Antoninos	159
7.3.	<i>Cirenaica</i>	161
7.4.	<i>Siria</i>	163
7.5.	<i>Asia Menor</i>	165
8.	ASPECTOS DE LA VIDA COTIDIANA	169
8.1.	<i>De la concepción a la muerte</i>	169
8.1.1.	Corporalidad, sexo y reproducción	170
8.1.2.	Formas de enterramiento	171
8.2.	<i>Los vínculos matrimoniales</i>	173
8.2.1.	El matrimonio y sus modalidades	173
8.2.2.	Divorcio	175
8.3.	<i>Alfabetización y educación</i>	175
8.4.	<i>La actividad en la sinagoga</i>	177
8.4.1.	Origen en la diáspora	178
8.4.2.	Funciones: liturgia y vida comunitaria	179
8.5.	<i>Festividades</i>	180
9.	LAS GUERRAS CONTRA ROMA (66-136)	185
9.1.	<i>La primera guerra (66-73/74)</i>	186
9.1.1.	Causas y circunstancias	186
9.1.2.	La fase inicial (66-67)	188
9.1.3.	La fase decisiva (67-70)	191
9.1.4.	Los últimos reductos de resistencia (70-73/74)	196
9.1.5.	Consecuencias	198
9.2.	<i>El judaísmo entre el 70 y el 132</i>	199
9.2.1.	La situación posbélica	200
9.2.2.	Reacciones a la destrucción del Templo	202
9.2.3.	Rebelión en la diáspora: 115-117	204
9.3.	<i>La guerra de Bar Kojba (132-136)</i>	207
9.3.1.	Causas y circunstancias	208
9.3.2.	El dirigente: Simón bar Kosiba	212
9.3.3.	El curso de los acontecimientos	214
9.3.4.	Consecuencias	219

10.	JUDAÍSMO Y CRISTIANISMO	221
10.1.	<i>Orígenes cristianos</i>	221
10.1.1.	La secta de los nazoreos	222
10.1.2.	El impacto de las guerras judías en la autodefinición cristiana	223
10.1.3.	De secta judía a religión autónoma	226
10.2.	<i>Un conflicto de religiones</i>	229
10.2.1.	Génesis del antijudaísmo cristiano	230
10.2.2.	Reacciones judías al cristianismo	233
10.2.3.	La transformación jurídica de los judíos en el Imperio cristiano	236
11.	EL JUDAÍSMO RABÍNICO	241
11.1.	<i>Orígenes del movimiento</i>	242
11.1.1.	Una alternativa al Templo	242
11.1.2.	La consolidación de un movimiento minoritario	244
11.2.	<i>La figura del rabino</i>	246
11.2.1.	Extracción social	246
11.2.2.	Formación	247
11.2.3.	Actitudes hacia el resto de la sociedad	248
11.3.	<i>La literatura rabínica</i>	249
11.3.1.	<i>Halajá y haggadá</i>	250
11.3.2.	La Misná	251
11.3.3.	Talmudes y <i>midrashim</i>	252
11.4.	<i>Los rabinos ante el poder imperial</i>	253
12.	LOS JUDÍOS EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA (SIGLOS III-VII)	257
12.1.	<i>La Tierra de Israel</i>	257
12.1.1.	Situación demográfica y económica	258
12.1.2.	La relación con el régimen imperial	259
12.1.3.	El patriarcado	261
12.1.4.	La cristianización de Palestina (siglos IV-VI)	263
12.2.	<i>La diáspora</i>	266
12.2.1.	Egipto	266
12.2.2.	Asia Menor	268
12.2.3.	Italia	270
12.2.4.	África Proconsular	273

12.2.5. Hispania	274
12.2.6. Galia.....	279
12.2.7. Babilonia.....	281
12.3. <i>El arte judío: sinagogas y necrópolis</i>	284
12.3.1. La diáspora. Dura Europos	285
12.3.2. La Tierra de Israel: la necrópolis de Bet Shearim	286
12.3.3. Los mosaicos de las sinagogas de Galilea	287
SELECCIÓN DE TEXTOS	291
1. 2 Reyes 24,10-17	291
2. Isaías 44,24.28 y 45,1-6.....	292
3. <i>Carta de los judíos de Elefantina al gobernador de Judá</i> (407 a. e. c.).....	293
4. Flavio Josefo, <i>Antigüedades judías</i> XII 265-267	296
5. Tácito, <i>Historias</i> V 5,1-2	297
6. Flavio Josefo, <i>Guerra judía</i> II 117-119.....	298
7. <i>Carta de Claudio a los alejandrinos</i> (CPJ 153), 41 e. c.....	299
8. Melitón de Sardes, <i>Sobre la Pascua</i> 73-74 y 79	301
9. Eusebio de Cesarea, <i>Historia eclesiástica</i> IV 6,1-4.....	302
10. Talmud de Babilonia, <i>Shabbat</i> 33b.....	303
11. Amiano Marcelino, <i>Res Gestae</i> 23,1,2-3	305
12. <i>Concilio IV de Toledo</i> , canon 57 (año 633)	306
GLOSARIO	309
CRONOLOGÍA	315
ABREVIATURAS	319
BIBLIOGRAFÍA.....	323

2

EL EXILIO Y LA ÉPOCA PERSA (597-333 A. E. C.)

Una reconstrucción de la historia de los judíos durante el lapso de dos siglos y medio que comprende el exilio en Babilonia y el periodo persa no puede ser sino tentativa y lagunosa, dada la escasez de datos. Sin embargo, los descubrimientos arqueológicos, papirológicos y numismáticos –algunos efectuados en las últimas décadas– permiten cuestionar en gran medida la fiabilidad de los relatos bíblicos, cuya composición fue dictada por una visión teológica parcial y simplificadora.

La época del exilio y de la dominación persa es seminal, pues en ella se producen transformaciones que marcan la pauta del judaísmo llamado “del Segundo Templo” (siglo VI a. e. c.-70 e. c.). El fin de la monarquía –que incrementa el poder del sumo sacerdote–, la emergencia de Jerusalén como un centro significativo y la composición de gran parte de la literatura bíblica son solo algunos de estos acontecimientos trascendentales. Es entonces cuando tiene lugar la consolidación de varios de los rasgos identitarios del judaísmo antiguo, como el monoteísmo, el énfasis en la Torá, la observancia del *shabbat* o la circuncisión.

En este periodo, el pueblo judío no habita ya una única localización geográfica: comunidades pujantes de adoradores de Yahvé se hallan no solo

en Judá, sino también en Babilonia, Egipto y Samaría. Comienza aquí el fenómeno denominado en hebreo *galut* (“exilio”) y en griego *diáspora* (“dispersión” o “diseminación”).

La descentralización va acompañada de variedad. A partir del exilio y la época persa, el judaísmo es más heterogéneo de lo que admiten las fuentes bíblicas que, con el tiempo, llegarán a ser consideradas normativas. En la Tierra de Israel parecen prevalecer formas de judaísmo más exclusivistas –algo reflejado, por ejemplo, en la prohibición de la exogamia–, mientras que las comunidades en Egipto y Babilonia están más expuestas al influjo de contextos multiétnicos y multiculturales; en ellas se produce un intenso intercambio con otros pueblos y los matrimonios mixtos permiten una mayor integración.

2.1. *La diáspora en Babilonia*

La presencia de habitantes de Palestina en Mesopotamia está atestiguada ya en el siglo VIII a. e. c., cuando el reino del norte (Israel) cayó en el 722 ante los asirios y una parte de la población fue deportada por el rey Tiglatpileser III y sus sucesores. No obstante, lo que produjo el fenómeno que se conoce en la historiografía como “el exilio” ocurrió a principios del siglo VI a. e. c. Cuando en el 605 el príncipe heredero de Babilonia, Nabucodonosor, venció al ejército egipcio en Cárquemis, la región siropalestina pasó a estar bajo control neobabilonio. Al igual que el resto de gobernantes locales, el rey Joaquín de Judá se convirtió en vasallo de Babilonia, pero cuando en el 600 a. e. c. parecía que Egipto volvía a hallarse en una situación ventajosa, Joaquín dejó de pagar el tributo. La acción de castigo del ya rey Nabucodonosor II (604-562) tuvo lugar *ca.* 598/597. Como entretanto Joaquín había muerto, su hijo Jeconías declaró la rendición, impidiendo así la destrucción de Jerusalén. Sin embargo, el rey y los estratos dirigentes fueron deportados.

2.1.1. El “exilio”

La deportación a Babilonia en el 597 fue la primera de una serie y afectó a un pequeño porcentaje de la población judía. Se trató al parecer, sobre todo,

de las elites –familia real, jefes militares, nobles, terratenientes, sacerdotes– y de trabajadores especializados. Ello sirvió para impedir que la población de Judá pudiese articular de forma eficaz una eventual resistencia, así como para obtener mano de obra barata. Fue llevado también en calidad de prisionero el rey Jeconías, que mantuvo su título en la corte babilonia, y que, de creer el relato bíblico, varias décadas después sería amnistiado y aceptado como noble en esa corte (*2 Re 25,27-30*), aunque se desconoce su destino final; probablemente se quedó y falleció en Babilonia. El hecho de que se tratase solo de la deportación de una minoría ha llevado a cuestionar la pertinencia de usar el término “exilio”.

Mientras que los dirigentes de Judá, así como trabajadores especializados y artesanos, vivieron al menos hasta mediados del siglo VI en la corte, el resto de deportados debieron de ser asentados en ciudades y zonas rurales. No se dispone de fuentes relativas a los emplazamientos, situación geográfica y organización social de estos nuevos asentamientos durante varias décadas, a pesar del importante papel desempeñado por la colonia babilonia en la historia judía.

Nabucodonosor instaló en el trono de Judá a un tío de Jeconías llamado Matanías, al que se cambió el nombre por el de Sedecías (597-586 a. e. c.). Este se vio presionado por una facción proegipcia que confiaba en la ayuda del faraón, en contra de las advertencias del profeta Jeremías, que aconsejaba no emprender acciones contra los babilonios. Creyendo que el faraón Psamético II le apoyaría, Sedecías dejó de pagar tributo a Babilonia, lo que desencadenó otra acción de castigo por parte de Nabucodonosor. Su comandante Nabusardán puso sitio a Jerusalén, que fue conquistada en el 587. Aunque suele afirmarse que el Templo fue destruido, es posible que lo fuera solo parcialmente. Los hijos de Sedecías fueron ejecutados, el rey fue cegado y tuvo lugar otra deportación. Así desapareció la monarquía en Judá, que pasó a integrarse en el Imperio neobabilonio.

Un cierto Godolías fue investido gobernador con residencia en Mispá, una localidad a unos pocos kilómetros al norte de Jerusalén que hasta mediados del siglo V fue un importante centro administrativo. Algunos años después, una facción antibabilonia asesinó a Godolías, lo que provocó una ulterior deportación en el 582.

No es posible saber cuántos habitantes de Judá fueron deportados a Babilonia. La afirmación de que la expatriación afectó a casi todos (*2 Re*

24,14-17) seguramente es excesiva. Jeremías se refiere a unos pocos miles (*Jr* 52,28-30), y las cifras que ofrece (para los años 597, 587 y 582) son decrecientes, lo que sugiere que la principal deportación tuvo lugar en el primero de esos años. Sin embargo, 587 es una fecha clave debido a la destrucción del Templo y al fin de la monarquía.

2.1.2. Los judíos en Babilonia

Durante mucho tiempo imperó en la historiografía una imagen “lacrimosa” del exilio babilónico, según la cual el pueblo judío habría sufrido una terrible opresión que le habría hecho tener una persistente nostalgia de la patria, Judá. Esta concepción depende del texto bíblico, y sobre todo del conocido verso con el que comienza el salmo 137: “Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos, al acordarnos de Sion”. Aunque esta experiencia de dolor y desarraigo sin duda se produjo, no es una representación fidedigna del destino general de los exiliados, la mayoría de los cuales acabaron integrados en la sociedad babilonia.

El estudio de la onomástica de los archivos comerciales de la familia Murashu en Nippur (*ca.* 455-403) arroja cierta luz sobre la diáspora babilonia del siglo v, dado el porcentaje apreciable de nombres personales que corresponden a semitas occidentales, incluyendo unos veinticinco con el elemento teóforo *yah* o *yahu* (formas del nombre Yahvé), que participaron en la vida comercial de Babilonia. Algunos documentos fechados en el siglo vi denominan a Nippur “ciudad de los judíos” (*Al-Yahudaya*), y otros del siglo v “ciudad de Judá” (*Al-Yahudu*), lo que implica que los exiliados se instalaron allí de forma duradera.

Esto indica que, tras el comprensible trauma psicológico y religioso inicial, al menos una parte de los judíos deportados aprendieron a convivir con la nueva situación. La actitud que habría dado lugar a la acomodación a circunstancias adversas está reflejada en una carta que el profeta Jeremías habría dirigido desde Jerusalén a los deportados, como si fuera un mensaje de Yahvé: “Edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed su fruto; tomad mujeres y engendrad hijos e hijas [...] Así medraréis y no menguaréis. Procurad el bien de la ciudad a donde os he deportado y orad por ella a Yahvé, porque su bienestar será el vuestro” (*Jr* 29,4-7). Si bien el escrito es

seguramente una racionalización posterior de la situación, la presencia persistente de comunidades judías en Mesopotamia testimonia el éxito de esa estrategia. Tras varias generaciones residiendo en Babilonia, al menos una parte de los deportados dejó de pensar en el retorno a Judá.

Ya a finales del siglo VI a. e. c. los judíos parecen haberse integrado hasta tal punto social y económicamente –algunos de ellos, quizás también religiosamente– en la multicultural sociedad mesopotámica, que su abandono habría dejado de tener sentido. La literatura rabínica y Josefo atestiguan la reluctancia de muchos de ellos a volver a la tierra de Judá. Documentos babilonios de finales del siglo VI y comienzos del V a. e. c. indican que los exiliados no eran ya ni prisioneros de guerra ni esclavos, sino agricultores, comerciantes e incluso funcionarios. La adopción de una praxis jurídica local y los matrimonios con miembros de otras etnias (exogamia) testimonian el grado de integración alcanzado. También lo acreditan registros babilonios que contienen nombres compuestos de elementos judíos y babilonios.

Los textos bíblicos –como el salmo 137– que reflejan nostalgia de Jerusalén (= Sion) y una ardiente esperanza en la restauración de la monarquía en Judá ofrecen solo una cara de la moneda, a saber, la de quienes no se integraron social o económicamente en la sociedad babilonia (y luego persa) o no estaban dispuestos a transigir con la nueva situación religiosa. Por otra, reflejan una perspectiva sobre el exilio que prepara el terreno para una posición teológica según la cual solo la forma de la religión yahvista que se desarrolló en Jerusalén era legítima. Obsérvese, además, que los textos bíblicos no aportan prácticamente información sobre el exilio, sino que se limitan a mencionar su inicio (*2 Re 24-25; Jr 39*) y su final (*Esd 1-2*).

2.1.3. Las conquistas de Ciro II y la política del Imperio persa

A mediados del siglo VI, los persas, bajo Ciro II, conquistaron Partia y toda Asia Menor, y luego Asia Central y la zona oriental de Irán. En la primavera de 539 a. e. c. atacaron Babilonia, entonces bajo el gobierno de Nabónido, y tomaron su capital. Ciro preservó la estructura social y administrativa del país conquistado, aunque este perdió su autonomía y se convirtió en una satrapía del inmenso Imperio aqueménida, que fue ulteriormente expandido

y consolidado por sus sucesores Cambises (530-522), Darío I (522-486) y Jerjes I (486-465). Después de que esto sucediera, la literatura judía conservó las “predicciones” de la caída inminente de Babilonia y del retorno de los exiliados a su patria (*Ez* 36,22-32).

El ascenso al poder de los persas, cuyo Imperio perviviría durante dos siglos, tuvo consecuencias importantes para los judíos. Judá (Yehud) se convirtió en una provincia de un vasto Imperio, apartada y no precisamente rica. No obstante, allí donde sirvió a sus intereses económicos y políticos, Ciro desarrolló una política que permitió volver a sus lugares de origen a las poblaciones que habían sido llevadas en cautividad a Mesopotamia, y entre ellas a los judíos. Aunque los textos bíblicos dan la impresión de que los privilegios concedidos por Ciro fueron excepcionales, esto depende de una perspectiva “judeocéntrica”: en el contexto político del Próximo Oriente, las medidas de Ciro no son más que un episodio, ciertamente significativo para los habitantes de Judá, pero similar a los ya conocidos por otros pueblos.

Dada la acomodación de la población judía al entorno mesopotámico, lo más plausible es que solo un pequeño grupo de exiliados decidiese aprovechar la ocasión que presentaba la autorización de Ciro para regresar a Judá. El capítulo 2 del libro de Esdras ofrece una lista de retornados que comprende 42 360 personas, pero la credibilidad de esta cifra es dudosa; de hecho, se calcula que la población de la provincia de Yehud, a principios de la época persa, oscilaría entre 12 000 y 30 000 habitantes. Resulta más plausible una cifra de algunos miles, que regresaron probablemente de forma paulatina a lo largo de varias décadas. De esta población debe de haber formado parte una elite de escribas y círculos conservadores —en especial el clero yahvista— que anhelaban una identidad religiosa y cultural más clara, tal como la que ofrecen los libros de Esdras y Nehemías, así como recuperar un poder del que carecían.

2.2. La provincia persa de Yehud

Las fuentes bíblicas atribuyen a dos figuras, Nehemías y Esdras, una función central en la reconstitución de la provincia de Yehud a mediados del siglo v. Sin embargo, mucho de lo que narran los libros homónimos carece de verosimilitud histórica. Por ejemplo, la historia del judío Nehemías, copero de Artajerjes en la corte de Susa que habría obtenido del rey persa el permiso

para la reconstrucción de Jerusalén (*Neb* 1,1-2,10), sigue un modelo literario en el que una descollante personalidad judía, instalada en una corte real o en estrecha relación con ella, se declara partidaria del pueblo judío y –a menudo tras alguna intervención de la divinidad– obtiene el permiso para beneficiarlo y protegerlo, a pesar de las insidias de sus adversarios; las historias bíblicas de José y el faraón, Daniel en la corte babilonia y persa, o Ester y Mardoqueo ante Jerjes repiten el esquema. Este tipo de relatos puede entenderse como la estilización literaria de una experiencia histórica en la que Israel, expuesto al albur de potencias extranjeras, intentó afirmar su pervivencia, contando para ello necesariamente con la benevolencia de las autoridades, sea del rey, sea –más probablemente– del sátrapa de turno.

El problema de una reconstrucción histórica de este periodo es que apenas se dispone de fuentes fiables. No existen, o no se conservan, archivos del Imperio persa relativos a esta región. La información proporcionada por Flavio Josefo es muy superficial. Por su parte, los relatos bíblicos son en gran medida legendarios y están fuertemente condicionados por una perspectiva teológica, según la cual Yahvé es el guía de la historia universal y hace que el poder persa esté al servicio de Jerusalén. Los hallazgos arqueológicos son significativos, pero con limitaciones. Así pues, solo de manera hipotética es posible vislumbrar lo ocurrido en Judá (Yehud) desde finales del siglo VI hasta finales del siglo IV a. e. c.

2.2.1. Extensión y demografía

Judá fue transformada por los persas en la provincia de Yehud, perteneciente a la satrapía de Babilonia y Transeufratene, que comprendía las actuales Siria, Jordania y Palestina. Yehud era pequeña: un territorio de unos cincuenta por cincuenta kilómetros, rodeado de otras regiones como Samaría, Idumea, Gilead, Amón y Moab. La hipótesis de que se convirtió en provincia solo más tarde, bajo Artajerjes I (465-424), y de que antes habría pertenecido a la provincia de Samaría, no es probable. En todo caso, durante casi un siglo Yehud no parece haber tenido una gran significación para los reyes persas, que en la parte occidental de su Imperio estuvieron más interesados en las ciudades fenicias y en Egipto; la importancia de la región era solo estratégica, pues estribaba en que constituía el acceso terrestre a Egipto.

Como ocurre en general con las estimaciones demográficas relativas al mundo antiguo, no es posible hacer un cálculo fiable del número de habitantes de la provincia de Yehud, que algunos elevan a más de cien mil. Estimaciones derivadas de testimonios arqueológicos aconsejan disminuir esa cifra y conjeturar una población aproximada de unos treinta mil habitantes. De hecho, se ha sostenido que hacia el 450 a. e. c. la población de Jerusalén no debe de haber superado el millar de personas. No obstante, a finales del siglo v, los judíos de Elefantina en Egipto enviaron cartas a Jerusalén en las que se menciona al sumo sacerdote Yehohanán y a los principales entre los judíos, lo que indica que por entonces existía ya una comunidad centrada en un Templo, un sacerdocio y una elite judía.

2.2.2. Administración

Al constituir Jerusalén el centro religioso de Yehud, resulta creíble que se llevara a cabo la reconstrucción de las fortificaciones de la ciudad, así como una mejora de la situación social de la comunidad. No obstante, los persas conservaron como centro administrativo una localidad cercana a Jerusalén, Ramat Rahel, que ya había cumplido esa función bajo el dominio asirio.

El fin de la monarquía del antiguo Israel significó que, desde entonces, las máximas autoridades de la región fueron, primero, el rey de Babilonia y sus gobernadores, y más tarde el rey persa y sus sátrapas. Al igual que la mayoría de provincias del Imperio persa, la de Yehud tenía un gobernador, cuyas principales funciones consistían en el mantenimiento del orden y el cobro del tributo. Las fuentes epigráficas y literarias ofrecen los nombres de varios de esos gobernadores: Sesbazar, *ca.* 530 a. e. c.; Zorobabel, *ca.* 520 a. e. c.; Nehemías (*ca.* 445-432 a. e. c.); Bagohy (finales del siglo v) y Ezequías (350-330). Pero, aparte de que la sucesión de gobernadores no es completa y no puede reconstruirse, en algunas ocasiones se ignora si los personajes citados eran realmente gobernadores u ostentaban algún otro cargo público. Por supuesto, cada gobernador tenía a su cargo a otros oficiales encargados de labores administrativas.

El gobernador, que puede haber sido en ocasiones judío, aparece nombrado en algunas fuentes junto con el sumo sacerdote (como ocurre con Zorobabel y Josué: *Ag* 1,1.12.14), lo que podría apuntar a una estrecha

colaboración entre ellos. Por esta razón se ha descrito a veces la situación política como una “diarquía”. Aunque la provincia de Yehud presenta algunas características comunes con las sociedades denominadas “Estado-Templo” –en las que un templo y un sumo sacerdote desempeñan un papel central en la estructura administrativa–, no puede decirse que Yehud fuese en rigor un “Estado-Templo”. De todos modos, no existen testimonios sólidos de que un gobierno diárquico se mantuviese de forma continua durante los dos siglos de dominación persa.

En la provincia de Yehud, los escribas desempeñaron seguramente un papel fundamental al menos en dos ámbitos. Por una parte, en la administración provincial: al igual que en el resto de Imperios del próximo Oriente, el papel de los escribas en el sistema burocrático era tan decisivo como el del ejército, pues ya el control y el cobro de impuestos requería la elaboración de numerosos documentos, registros e inventarios; una de las razones es el carácter multilingüe del Imperio persa, pues si bien a menudo se ha afirmado que la lengua oficial de la cancillería persa era el arameo –probablemente la más hablada–, no fue la única, y se conservan documentos oficiales en diversas lenguas (persa antiguo, elamita y acadio en cuneiforme). Por otra parte, los escribas –que a menudo habrían sido sacerdotes o levitas– formaban parte también del personal del Templo, el único que gozaba de la educación y el ocio necesarios para realizar tareas intelectuales, y que por tanto podía leer, componer, copiar y comentar la literatura religiosa. Esto implica que el Templo era el centro no solo del culto sino también de buena parte de la actividad religiosa en general, incluyendo la enseñanza y la conformación de la tradición.

2.2.3. Economía

El interés principal de los Imperios de la Antigüedad fue la recaudación de impuestos, y en ocasiones el reclutamiento militar. Si bien en algunos casos ello puede haber hecho aconsejable la preocupación por el bienestar de los súbditos –y sobre todo el mantenimiento de buenas relaciones con las elites locales–, esta no constituía obviamente la prioridad, que era más bien la máxima obtención de riqueza. Tal hecho implica que no hubo generalmente interés en realizar grandes inversiones para el desarrollo económico de las provincias sometidas.

La exigencia de un tributo anual a los persas, al Gobierno local y al Templo –que contempla un diezmo de todo el producto agrícola (*Nm* 18,8-32)– puede haber complicado la situación económica de gran parte de la sociedad, especialmente en los años en los que las cosechas fueran escasas. Se ignora si el Gobierno tenía en cuenta o no esta precariedad de la actividad agrícola, y si el pago del tributo debía hacerse en moneda o en especie. En lo que respecta al Templo, ciertos testimonios literarios (*Neh* 10,36-40; 13,10-13; *Mal* 3,8-11) podrían servir como indicadores del carácter oneroso de sus tributos, que servía para mantener a su personal.

La comprensión de la situación económica requiere tener en cuenta el contexto geográfico. En comparación con el norte de Palestina (Galilea), la provincia de Yehud era menos fértil y estaba más aislada. Su territorio principal estaba formado por la zona montañosa central y por el desierto de Judá que se extiende a lo largo de la orilla occidental del mar Muerto. La relativa escasez de lluvias convertía la actividad agrícola en una empresa arriesgada, pues de media podía esperarse una mala cosecha tres o cuatro años cada década.

A diferencia de lo que sucedió con las ciudades fenicias, la actividad económica no estaba centrada en el comercio, sino en la agricultura. De hecho, la mayor parte de la población vivía en aldeas y pequeños pueblos, y era Jerusalén la principal área urbana. Los productos primordiales de esa economía agraria –de subsistencia– eran los cereales, el aceite de oliva y el vino. Existía también el pastoreo de ganado menor, en particular de ovejas y cabras, en zonas no apropiadas para el cultivo; la mayoría de los habitantes habría reservado el consumo de carne para ocasiones especiales, mientras que la leche y los lácteos eran una parte importante de la dieta.

El porcentaje de personas con profesiones especializadas debió de ser exiguo. Muchas de ellas estuvieron probablemente relacionadas con la (re)construcción y mantenimiento del Templo de Jerusalén (canteros, alfareros, grabadores, herreros, artesanos...) y pudieron organizarse en gremios, ya documentados, por ejemplo, en la Mesopotamia del periodo aqueménida y en Fenicia. Esto muestra que el Templo habrá tenido un considerable impacto en la economía de la región. No es posible saber si, en algunos de estos casos, los trabajadores especializados eran nativos o procedían de regiones vecinas.